



La crisis, lo político y el futuro

La revuelta de octubre chilena

Por Víctor Veloso y Constanza Ambiado¹

Durante la última década en Chile se han articulado distintos movimientos u organizaciones sociales en contra del sistema político, legal y económico chileno, como el movimiento por el agua MODATIMA, el movimiento contra el sistema actual de pensiones NO+AFP o la agrupación campesina que lucha por la soberanía alimentaria ANAMURI, entre muchos otros. También viejos movimientos se han rearticulado en torno a demandas actuales y muchas de ellas dirigidas a cambios sociales y culturales, como la Coordinadora Feminista 8 de Marzo. La emergencia y reactivación de todas estas organizaciones, creemos, no da cuenta de un ambiente propicio a la organización social y política, sino sobre todo de una agudización de problemas existentes desde la dictadura y la post-dictadura, y el surgimiento de nuevos desafíos. En síntesis, la lenta pero sostenida efervescencia de organizaciones y movimientos sociales a lo largo de las últimas décadas es el reverso de la sostenida violencia estructural que ha caracterizado la vida social y política chilena desde la revolución neoliberal de la dictadura en adelante.

El 18 octubre 2019 tuvo lugar el inicio de la revuelta popular donde muchas de estas demandas se hicieron presentes en las calles, poniendo en jaque la preciada imagen del país como una república estable y tranquila, una imagen que la clase dominante ha querido proyectar desde el llamado “regreso a la democracia” en la década de 1990. Diversos diagnósticos y pronósticos intentaron a veces comprender y a veces disputar los sentidos de esta revuelta: una parte de las voces del orden reducían el “estallido social” a una confirmación del “desarrollo” y la “prosperidad” de Chile, sosteniendo que si habían protestas éstas se debían a que un país en vías de desarrollarse se volvía más exigente. Otra parte del mundo conservador oscilaba entre explicaciones que apuntaban directamente a una planificación internacional de la revuelta –forcluyendo la agudización de la desigualdad, la precarización de la vida o la subsidiariedad como destrucción de derechos sociales–, y la hipótesis de una suerte de explosión pulsional e irracional. Del otro lado, surgieron lecturas progresistas que vieron en el estallido la oportunidad para vehiculizar hacia la institucionalidad una agenda socialdemócrata; otras lecturas comprendieron el estallido, en su inorganicidad, como la consumación de la sociedad neoliberal de Jaime

¹ Universidad de Chile. Email de contacto: victor.veloso@ug.uchile.cl . // Universidad de Chile. Email de contacto: constanza.ambiado@uchile.cl .

Guzmán, es decir, como anomia; también hubo diagnósticos que vieron en la revuelta un fenómeno revolucionario, indicando con preocupación que no es esencial a ninguna revolución la victoria de sus propósitos, subrayando, por lo tanto, la preocupación ante la articulación de una contrarrevolución. Si algún elemento transversal recorre todos estos diagnósticos y pronósticos, creemos que se trata de la constatación de que se ha agotado la institucionalidad que sostuvo a, y se sostuvo en, la post-dictadura. Los textos que nutren este Boletín observan, desde distintos lugares, esta constatación.

No es posible soslayar un hito, ciertamente problemático, en la trayectoria que la revuelta ha tenido. El 15 de noviembre del 2019 se firmó el Acuerdo por la Paz que incluía la redacción de una nueva Constitución Política para el país. Este acuerdo ocurría en medio de violaciones sistemáticas de Derechos Humanos por parte de agentes estatales a civiles: se reportaron mutilaciones, torturas, detenciones fuera de protocolo y se acusaron muertes. A su vez, este acuerdo parecía tomar la paradójica forma de una “ruptura” con la institucionalidad de la post-dictadura, aunque siguiendo el modelo de dicha institucionalidad: la toma de decisiones “entre cuatro paredes”. La negociación que condujo al acuerdo reunió a los partidos tradicionales junto a nuevas fuerzas políticas, en lo que todos estos sectores -desde la derecha pinochetista hasta alternativas socialdemócratas que se declararon anti neoliberales- vieron como la única forma de “dar dirección” a una revuelta que, por acéfala, complicaba por “ingobernable”. Si este hito no puede ser pasado por alto, es porque es indudable que moduló la revuelta y su curso.

Por otro lado, la revuelta chilena tuvo lugar paralelamente a muchas otras revueltas en Latinoamérica y el mundo. A fines de dicho año la emergencia de la pandemia Covid-19 en Asia y Europa ya era anunciada por medios de prensa, pero en marzo del 2020 la llegada del virus a Chile se volvía la ocasión para recrudecer medidas securitarias que se sostenían desde la revuelta, esta vez desde una preocupación que era, además, sanitaria. Así, al estado de excepción constitucional que incluía toque de queda y restricción a la movilidad, se sumaba el miedo al encuentro con otros, potenciales infectados, en las calles. La pandemia pudo de este modo suspender, más no superar, la revuelta, que en este contexto pudo más fácilmente ser conducida a la articulación institucional de la Convención Constituyente. De este modo, la pandemia se vuelve otra fuerza que modula la revuelta, pero además, un acontecimiento que recrudece muchas de las situaciones que conducen a la revuelta, al agudizar la pobreza o las problemáticas de salud mental. Puede que al/a lector/a le llame la atención, entonces, que los dos hitos señalados no parezcan en ningún sentido ser momentos coadyuvantes a la superación de lo que la revuelta supuso, pues no atienden a sus demandas, y no dejan de estar atascadas en la repetición de las fórmulas institucionales que a la vez parecían estar puestas en duda. Es a esto a lo que se puede llamar crisis.

La noción de crisis aparece hoy ligada a una multiplicidad de fenómenos de distinto orden: “crisis sanitaria”, “crisis climática”, “crisis migratoria”, “crisis hídrica”, “crisis social”, “crisis de la democracia y las instituciones” o “crisis económica”. Vale detenerse en la naturaleza de estas crisis. Una pista la provee Gramsci (1999a), quien en su famoso párrafo “Pasado y presente” sostuvo que “[l]a crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: es este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados” (p.37). Al explayarse sobre esta idea, Gramsci subraya que la crisis es una suerte de desfase en el terreno de la dominación, que abre tanto la posibilidad de que emerja una nueva cultura como de que la dominación se actualice. Por eso, en principio da cuenta de que “la clase dominante ha perdido el consenso” dejando



de ser clase “dirigente” para sustentarse sobre el solo uso de la fuerza, mientras que “[l]a muerte de las viejas ideologías se verifica como escepticismo frente a todas las teorías y las fórmulas generales” (p.38), así, la crisis es siempre el agotamiento de una manera de comprender los fenómenos. La crisis se trata además de un fenómeno complejo, “(...) que tiene muchas manifestaciones y en el que causas y efectos se complican y superponen” (Gramsci, 1999b: 178), que no tiene “(...) fecha de comienzo, sino sólo... algunas “manifestaciones” más visibles” (Íbid.). Guardando las distancias con las crisis del siglo XX que Gramsci analiza, su énfasis en las relaciones materiales puede aún guiarnos en la reflexión de una crisis que “tiene orígenes ‘técnicos’, o sea en las relaciones respectivas de clase”, “orígenes internos en los modos de producción y por lo tanto de cambio, y no en hechos políticos y jurídicos” (1999b: 178- 179). Lo anterior nos conduce a interrogar qué lugar ocupa el modo de producción en las crisis: ¿qué decir del extractivismo en torno a las “crisis” ambientales o el conflicto entre el Estado de Chile y el pueblo mapuche? ¿O de la explotación, el empobrecimiento y endeudamiento en relación a las migraciones y las movilizaciones de trabajadores contra las AFP?

Si la crisis da cuenta de una suerte de desfase dentro de la dominación y el consenso que esta produce –sea a partir de la “ideología” y la subjetivación, la gestión del deseo y/o la coerción y el disciplinamiento físicos–, desde antes de la revuelta y hasta ahora cabría detenernos en observar las composiciones, descomposiciones y recomposiciones tanto de fuerzas políticas y económicas, como de formas de vida y de comunidad que surgen y se disuelven en medio de la crisis. Por una parte, la derecha política se reorganiza internamente ajustando sus apuestas y expectativas, a la vez que su ala más conservadora consolida su liderazgo y, con esto, legitima su discurso: no podemos pasar por alto que durante las elecciones presidenciales del 2021 el candidato de la extrema derecha chilena, José Antonio Kast, fue la primera mayoría de votos en la primera vuelta presidencial y perdió la segunda con un 44% de apoyo... ¿Cuánto resentimiento, miedo y rabia podrá acumular el conservadurismo al intentar reconducir la angustia de quienes temen la muerte de lo viejo hacia las figuras de “orden”?

Del otro lado, los progresismos celebran, con mayor o menor cautela, lo que reconocen como victorias en el plano electoral, y la eventual transformación en los marcos de la institucionalidad como hito de democratización fundamental en la historia nacional, a la vez que como evidencia de su capacidad de conducción. Pero estas victorias electorales, que no han logrado concitar la participación de cerca del 50% del padrón electoral, ¿dan cuenta de un apoyo social importante al progresismo, o de la inestabilidad sobre la que pende aún la institucionalidad y la supervivencia de la lógica del “mal menor” tan arraigada en el electoralismo? Otros sectores, más pesimistas, han subrayado que la idea de “estallido social”, difundida tanto por el autoridades de gobierno como por grandes medios de comunicación, quiso aplastar la realidad de una “revuelta popular”, con lo que este nombre ya es signo de una contra-revolución que avanza y hace del 18 de octubre una rebelión frustrada. ¿Se cierra por ello la posibilidad de que se fragüen nuevas formas de vida, que se resguarden las existentes y se siga interrogando el orden? Más allá de los vaivenes institucionales de la política, la cuestión que sigue abierta es la pregunta por lo político como aquella fuerza instituyente cuya capacidad es pujar hacia una nueva vida en común, y como una relación con la “oportunidad” que no tiene a su base la política como mercado de autoridades alternativas, sino lo político como la zona desde la que habilitar y crear nuevos proyectos sociales, históricos y comunitarios.



Así, la crisis como desfase de la dominación es a la vez la apertura de una grieta que actualiza la historicidad en un sentido fuerte en cuanto hace posible, nuevamente, el futuro. Y sin embargo, los símbolos de nuestro pasado no han dejado de resurgir y convivir con nuevos íconos. Así la figura de Allende compartió calles y muros con el “perro matapacos”, mientras una Gabriela Mistral, con una polera de *Los Prisioneros*, levantaba una bandera negra. Todas estas figuras son emanaciones de “fantasmas”, al decir de Mark Fisher (2018). Un fantasma, como el que Marx y Engels (2014) evocaran en el *Manifiesto comunista*, es “(...) una virtualidad cuya amenazante llegada ya jugaba un rol socavando el estado presente de las cosas” (Fisher, 2018:45). Cuando el “realismo capitalista” tendía hacia la totalización de la idea de que “no hay alternativa”, estas figuras vienen a impedirnos “(...) acomodarnos en las mediocres satisfacciones que podemos cosechar en un mundo gobernado” por dicha ideología (Fisher, 2018:49). Los fantasmas siguen la lógica de la débil fuerza mesiánica de la que ya Benjamin habló: traen de vuelta los futuros que fueron perdidos, dislocan el presente y su inercia para señalar nuevas posibilidades. Lo que asedia “(...) no es el *ya no más* de la socialdemocracia... sino el *todavía no* de los futuros que el modernismo popular nos preparó para esperar pero que nunca se materializaron” (año p. : 55). La crisis es, por tanto, a la vez el reacomodo de la dominación, y el asedio de otros futuros. En medio de esta situación, la propia revuelta de octubre es expresión de un estremecimiento de la imaginación política. Esta última puede devenir condición de posibilidad de una nueva sensibilidad política y su articulación con nuevas categorías políticas, todo lo cual, desde luego, está por verse: es este uno de los puntos en que podemos ver prolongarse el conflicto, en que diversas organizaciones políticas, sociales y territoriales juegan sus apuestas, y que rondan los escritos que contribuyen a dar cuerpo a este número, recordando que la investigación y la reflexión son momentos que pueden dar consistencia a la imaginación política.

El primero de los artículos, “Ampliar la (s) crisis: materiales para releer la revuelta social en clave generacional” de Diego Aníñir y Herman Pezo, viene a reflexionar sobre la revuelta contra las lecturas que ven en ella una suerte de conflicto intergeneracional, para subrayar en cambio cómo quienes sostienen perspectivas rígidas y ahistóricas sobre el ciclo vital pierden de vista la articulación intergeneracional que caracterizó a la revuelta. De esta forma, observan los autores, la revuelta pone en entredicho ciertas categorías asentadas por la tradición académica en estas áreas.

Por su parte, el segundo artículo, titulado “La fragilidad de la huella. Notas sobre la revuelta” y escrito por Andrés Fuentes, se detiene en cómo la revuelta, a la vez que parece estremecer todas las categorías de la política institucional que devela agotada, se erige como la memoria viva de luchas sociales que se han sostenido por años y décadas. Lo anterior devela, por tanto, una tensión interna a la institucionalidad política que parece *contener* a la revuelta en su doble acepción: mientras intenta representar o portar las demandas de la revuelta, se constituye como el olvido de su memoria y, por tanto, como un coto a la imaginación política. Sin embargo, ¿es posible pensar, así, una institucionalidad que preserve un *contacto* con la memoria? Con todo, este escrito busca atender a la insistencia de un problema y, por ello, no avanza sobre su solución sino, sobre todo, sobre su constatación. Todo esto, subraya el texto, debe repensarse a la luz de la pandemia que deja a la revuelta en una suerte de interrupción, y al Estado frente a un desafío: ¿cómo pensar lo público hoy?

Cerrando el primer conjunto de textos, “¿Cuál de todas las crisis? Apuntes sobre

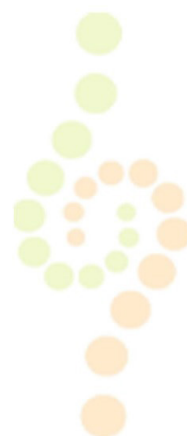


la crisis ecológica”, de Daniela Fava, invita a observar la dimensión ecológica de una crisis que insiste. La crisis, señala la autora, se sigue de una forma de vida fetichista y patriarcal que evidencia cómo todo parece subordinarse a la producción y acumulación de valor, con lo que la sequía o la contaminación antes que catástrofes ambientales, son catástrofes sociales y políticas. Lo mismo se puede decir de otros acontecimientos, como el terremoto del 27F en Chile el 2010: la crisis termina por hacer parte de la gestión de gobierno y no un evento “natural”. Sin embargo, hay alternativas a toda la situación descrita. Siguiendo el compost como una suerte de “paradigma” político, el texto abre un lugar a la cooperación interespecies como una forma de relación social que se sustrae a la lógica de la mercancía y podría permitirnos enfrentar la crisis.

La segunda parte consta de cuatro investigaciones empíricas, cuyo factor común es no solo la tensión entre política e institucionalidad, sino que más concretamente cómo, pese a lo que toda institucionalidad declara, estos espacios no parecen sustraerse al maltrato, a la injusticia y al abuso, poniendo en entredicho aquellos discursos que, como los Derechos Humanos o la libertad, no se sabe si operan como un horizonte tan lejano que ni su sombra nos alcanza a tocar, o simplemente como el blanqueamiento de la violencia, que transmuta la brutalidad en orden. Esta sección arranca con “El culto al silencio. Etnografías sobre cautiverio y censura”, donde Ana Bengoa expone la crueldad a la que son enfrentados y enfrentadas, cotidiana y sistemáticamente, quienes se encuentran privados(as) de libertad. El silencio se instala como aquello que la violencia, en su aplicación continua como sostén del orden, produce y reproduce, haciendo de esta misma violencia una especie de secreto. Al levantar este silencio, el escrito devela en toda su crudeza el maltrato, las humillaciones y las injusticias que hacen de la cárcel una zona opaca en que la humanidad ha sido suspendida.

“La posición del empresariado chileno sobre los fondos de pensiones: ¿crisis del modelo de acumulación y agudización de las contradicciones? Un análisis de contenido” de David Kornbluth se detiene en cómo catorce gremios empresariales, articulados por intereses comunes, intentan justificar, contra los intereses del pueblo chileno, que los fondos de pensión ahorrados de manera obligatoria por los(as) trabajadores(as) en Chile no puedan ser retirados por sus legítimos dueños ni siquiera en un momento de grave crisis económica, sino que deban seguir siendo administrados por estas entidades privadas. Junto con poner en evidencia los argumentos falaces y las mentiras en esta discusión, el autor recuerda el importante lugar que, en cuanto capital financiero enlazado a sectores productivos, tienen los fondos privados de pensiones, de manera que se deja ver cómo la clase dominante, en bloque, intentó conservar la capacidad que el Estado desde la dictadura les había otorgado: el apropiarse no solo de la plusvalía del trabajo, sino también de los ahorros de los trabajadores.

Catalina Osorio, con “Las mujeres y la crisis sobre su autonomía: Reflexiones en torno a los cuerpos que abortan y la nueva institucionalidad política”, se aproxima a la demanda del aborto en Chile, reseñando las luchas que a este respecto han habido, proponiendo situar la re-emergencia de preocupaciones feministas en los últimos años no solo en una historia de más larga data de feminismos y luchas sociales, sino también en el marco latinoamericano. Particularmente, son las mujeres migrantes que abortan quienes obligan tanto al feminismo y sus luchas –dentro y fuera de las instituciones– como a la propia institucionalidad que, el último tiempo, quiere investirse de las demandas que desde el 2018 un sector del feminismo en Chile viene impulsando, a ser revisados: la insti-



tucionalidad no logra sino problemáticamente volcarse hacia lo que las feministas vienen a denunciar, y peor aún, eso no ha asegurado realmente que todas las mujeres puedan ejercer su derecho sin topar con inercias y resistencias por parte de la sociedad chilena.

En la línea anterior, Elisa Schnake escribe “En los márgenes de la crisis: precarización de la vida y formas de resistencia de trabajadoras sexuales migrantes trans”, que surge del trabajo con las organizaciones “Corporación Latinas por Siempre” y “Sindicato de trabajadoras sexuales trans, travestis y otras Amanda Jofré Cerda”, colectividades que agrupan a mujeres migrantes trans en Santiago de Chile. Si la crisis del Covid19 ha empujado a la mayor parte de la población a situaciones económicas críticas, este escrito se concentra en poner en evidencia las particularidades de un grupo de mujeres que es activamente olvidado por la sociedad, incluso –cabe decirlo– por la revuelta. Sin embargo, frente a la indiferencia y la inoperancia institucional, es la solidaridad y la organización la que permitió a las trabajadoras sexuales migrantes trans enfrentar la vida.

La tercera sección se compone, por una parte, de “Racismo y migración en Chile”, que presenta una conversación entre Eduardo Cardoza, Lorena Zambrano y María Emilia Tijoux, junto a un grupo de estudiantes de la Universidad de Chile. Esta conversación ocurre tras el ataque racista contra personas migrantes en Iquique el 25 de septiembre de 2021, principalmente venezolanas que ingresaron por pasos no habilitados, quienes fueron agredidos y acosados por decenas de manifestantes iquiqueños al punto de incendiar todas sus pertenencias en medio de la ciudad y a la vista de la policía uniformada. En la ocasión, Eduardo Cardoza y Lorena Zambrano pudieron presentar a los y las estudiantes las organizaciones en las que participan, a saber, la Red Nacional de Organizaciones Migrantes y Promigrantes y el Movimiento Acción Migrante. A su vez, Lorena se detuvo en las particularidades que presenta la denominada “frontera norte”, sus problemáticas y necesidades. La conversación llama la atención sobre la importancia de acercar a las universidades y sus estudiantes a las situaciones reales que enfrenta la población que habita el país. Por último, “La autonomía tecnológica y la autodefensa digital frente a la crisis capitalista en Chile y Latinoamérica” es una conversación sostenida con el Colectivo Disonancia, organización anticapitalista, antipatriarcal y antitecnocrática que se orienta a la búsqueda de autonomía tecnológica y autodefensa digital, elementos centrales dadas las mutaciones contemporáneas del capitalismo. En la entrevista el Colectivo da cuenta de sus orientaciones políticas así como de sus diagnósticos en torno a la crisis que viene viviendo Chile desde el 2019, el uso de redes sociales en dicho marco, y la necesidad de proyectar la acción y la crítica más allá de la institucionalidad.

Referencias

FISHER M. (2018). *Los fantasmas de mi vida: escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra.

GRAMSCI, A. (1999a). *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 2. México: Ediciones Era, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

_____. (1999b). *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 5. México: Ediciones Era, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

MARX, K. y ENGELS, F. (2014). *El Manifiesto Comunista*. Buenos Aires: La Bisagra

